



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 8**

# **CB 117 PASTORAL Y PEDAGOGÍA BÍBLICA**

Scannone, Juan Carlos. “Poesía popular y teología: el aporte de “Martín Fierro” a una teología de la liberación”. *Revista Internacional de Teología Concilium* n. 115 (1976): 264-275.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## POESIA POPULAR Y TEOLOGIA

### EL APORTE DEL «MARTIN FIERRO» A UNA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

La sabiduría de los pueblos tiene en la poesía popular uno de sus lugares privilegiados de expresión. Por ello, la teología no puede dejar de indagar su relevancia teológica si desea «percibir más claramente por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia teniendo en cuenta... la sabiduría de los pueblos» (*Ad gentes*, 22).

En lo que se refiere al ámbito sociocultural latinoamericano, G. Gutiérrez estima que «la teología en perspectiva latinoamericana que se desea y necesita» podrá ir dándose a través de la «teología como reflexión crítica de la praxis histórica a la luz de la Palabra»<sup>1</sup>. Pues bien, como él mismo lo señala, la praxis histórica —cristianamente comprendida— no se agota en la praxis sociopolítica. Abarca todas las dimensiones (humanas, teologales) de la acción de hombres, clases y pueblos en su transformación del mundo, también su dimensión poética. Por otro lado, la poesía, como lenguaje humano —y como lenguaje englobante de lo humano—, implica Logos (aunque hecho símbolo). Ese Logos es, sin embargo, diferente de los de la filosofía y las ciencias, que la teología en su historia ha asumido o intenta asumir.

Cuando un pueblo canta poéticamente cosas que tocan a las raíces de su ser: su *lucha por el bien y contra el mal*, la *sabiduría de la vida* que va logrando por el sufrimiento y la lucha, su intuición sapiencial del *camino para liberarse* y así realizar su destino, la teología puede asumir la racionalidad de ese lenguaje. Tanto más si en el *ethos* cultural del pueblo que así se expresa y se reconoce en poesía tiene vigencia, por razones históricas, el sentido cristiano de la vida.

Abordaremos esa problemática en un poema popular viviente:

<sup>1</sup> Cf. *Teología de la liberación. Perspectivas* (Salamanca 1972) 38-39.

el *Martín Fierro*. Indirectamente estaremos también planteándola en forma universal, aunque situada históricamente.

En primer lugar indicaremos en qué sentido el *Martín Fierro* es poema popular. Luego trataremos de llegar a la *verdad poética* de la obra. En tercer lugar, usando como nexo su simbolicidad primera, abordaremos una *lectura teológica* del poema —en un nivel de simbolicidad segunda—. De ese modo sugeriremos cuál puede ser su aporte para una teología de la liberación nacional y social.

## I. EL «MARTÍN FIERRO», POEMA POPULAR

No se trata de poesía anónima. Su autor, José Hernández (1834-1886), aunque «se hizo gaucho», era letrado. Y, sin embargo, su obra es, en el pleno sentido de la palabra, poesía popular. Lo es no sólo por su lenguaje gaucho, su ritmo y sus formas literarias, su tema, su visión de la vida, sino ante todo *porque el pueblo mismo se apropió del poema*. De ese modo los nombres del personaje y del autor llegaron a confundirse y su nombre llegó a ser sinónimo de un mito nacional: el mito gaucho. Aún más, el pueblo como sujeto colectivo presintió y casi exigió la segunda parte, poniéndole el título mucho antes de que el autor hubiera pensado en escribirla.

Ante todo, se reconoció en el poema el pueblo gaucho, la clase mayoritaria acorralada por la «civilización» dependiente que se le quería imponer, los pobres sin poder oprimidos por la injusticia social institucionalizada, siendo así que ellos habían sido protagonistas de las luchas por la emancipación y organización nacionales. Fierro dice, con razón, al terminar de narrar sus desdichas: Son «las de todos mis hermanos. / Ellos guardarán ufanos / en su corazón mi historia. / Me tendrán en su memoria / para siempre mis paisanos» (II, 4877-82)<sup>2</sup>.

Sin embargo, a pesar de ser expresión de una clase —aunque no clasista—, el poema logró ser expresión nacional. En su reserva simbólica de sentido, el *Martín Fierro* con-voca a todo el pueblo criollo, humilde y sufriente, pero digno y altivo.

<sup>2</sup> Citamos la edición crítica de C. A. Leumann (Buenos Aires 1958). Para citar la segunda parte utilizamos la cifra II.

## II. LA VERDAD POÉTICA DEL «MARTÍN FIERRO»

No sólo las ciencias históricas y sociales pueden servir de mediación a la teología para juzgar la experiencia histórica de un pueblo a la luz del evangelio o para releerlo desde esa experiencia. También un poema popular como el *Martín Fierro*, en cuanto es poesía (y no sólo documento histórico), es revelación de la experiencia y la verdad de un pueblo.

Pues, como lo afirma P. Ricoeur, usando una distinción de Frege, todo discurso, también el poético, no sólo implica un *sentido*, sino que hace referencia a la realidad, es decir, tiene pretensión de verdad<sup>3</sup>. Lo propio de la poesía, sin embargo, es la suspensión de la referencia directa a la realidad, a fin de que así emerja, en y a través de su sentido poético, una referencia de segundo grado a otra dimensión más fundamental de lo real. La ficción poética tendría un valor heurístico, algo así como los modelos de las ciencias: sería instrumento de redescrición de la experiencia y la realidad humanas. De ese modo, la genuina poesía popular, en la que un pueblo se reconoce y canta, es un instrumento heurístico por el que ese pueblo descubre y crea su realidad, es decir, descubre rasgos esenciales de su ser histórico y actualiza proyectivamente sus posibilidades propias.

Una obra literaria despliega su mundo a través de su estructura, pero ésta se enraíza en una historia. Por ello, para llegar a la verdad poética del *Martín Fierro*, tendremos en cuenta características de su género, su disposición interna y su estilo<sup>4</sup>, pero también su ubicación histórica.

### a) *Martín Fierro*, héroe, sabio y prototipo

El *Martín Fierro* se exhibe a sí mismo como canto: «Aquí me pongo a cantar / al compás de la vigüela» (1-2). Así se enraíza en la tradición oral de los payadores, que, con Hidalgo y la poesía gauchesca, se había transfundido a la poesía escrita. No se trata,

<sup>3</sup> Cf. *La métaphore vive* (París 1975), en espec. cap. 7.

<sup>4</sup> Un buen estudio desde el punto de vista literario es E. Carilla, *La creación del «Martín Fierro»* (Madrid 1973).

empero, de un mero canto, sino de uno «que es intención» (II, 60): «Pero yo canto opinando / que es mi modo de cantar» (II, 65-66). De ese modo el poema culmina y transforma el género poético gauchesco. Pues en Fierro canta al gaucho oprimido, y en él, a un modo de sentir y de vivir que lo trasciende. Como es «canto», no sólo toma preponderancia el cantor (o personaje que narra en primera persona), sino también el auditorio, no ya de gauchos alrededor del fogón —como en la poesía payadoresca oral—, sino de lectores o de gauchos rodeando al lector. Es «una concienciación comunitaria de una situación particular a través del poeta, que sabe intuirlo, expresarlo y darle forma acabada»<sup>5</sup>.

El carácter típico de Fierro es reforzado por rasgos de la estructura y del estilo. Las narraciones paralelas de los otros personajes reafirman que se trata de una *desgracia social* común, de un camino común de *experiencia* y de una *sabiduría proverbial* común que la funda, expresa y corona. Y, por otro lado, esos caracteres hacen resaltar el carácter *heroico* del personaje central, que por ello emerge como *prototipo* de una raza. Aún más, la figura de Vizcacha sirve como antitipo para que, con su verdad a medias, se delinee más nítidamente la verdad de Fierro.

Técnicas de composición y rasgos de estilo apuntan en la misma dirección. Una de las preferidas es la generalización de una experiencia. Esa universalización se condensa en los proverbios gauchos (es imposible distinguir cuáles tomó el autor del pueblo o éste del poema), que caracterizan su estilo.

Resumiendo, aunque prescindimos de dirimir la controversia acerca del carácter épico del *Martín Fierro*, sin embargo, es indudable que por su estructura épico-lírica y por su frecuente tono sapiencial el poema apunta —mediante la estrategia poética del discurso— a la *esencia* del gaucho y —en y a través de ella— del *hombre argentino*, en la que se manifiesta históricamente el hombre sin más.

En ese sentido estamos de acuerdo con L. Marechal, quien afirma que es «el canto de gesta de un pueblo», aunque se trata de una «gesta *ad intra*»: «Es la gesta interior que realiza la simiente, antes de proyectar *ad extra* sus virtualidades creadoras».

<sup>5</sup> A. Losada, *Martín Fierro. Héroe-mito-gaucho* (Buenos Aires 1967) 58.

Su héroe es, en el sentido literal, un gaucho de nuestra llanura que responde a un determinado momento de nuestra evolución racial, social y cultural. En el sentido simbólico, *Martín Fierro* es «el pueblo de la nación, salido recién de su guerra de la independencia y de sus luchas civiles». Ese pueblo, que hasta entonces ha luchado por ser protagonista, percibe que los vencedores organizan definitivamente el país en contra suya. Para promover el desarrollo capitalista y la modernización lo enajenan con respecto a sus valores materiales y espirituales y afianzan la neodependencia que hoy todavía vige. El *Martín Fierro* es «un grito de alerta, un 'acusar el golpe', nacido espontáneamente del ser nacional, en su pulpa viva y lacerada, en el pueblo mismo»<sup>6</sup>.

Es gesta porque es *lucha*. No una lucha circunstancial o individual, sino que se trata de «un extraordinario acontecimiento en la lucha sin término del bien y del mal» (C. A. Leumann). De ahí que el poema sea una denuncia fuerte y valiente de la situación legalizada de injusticia y violencia provocada por las *élites* de poder: «los que mandan», el gobierno, «los puebleros» que explotan, marginan y desprecian al gaucho. «La Provincia es una madre / que no defiende a sus hijos. / Mueren en alguna loma / en defensa de la ley. / O andan lo mismo que el güey, / arando pa que otros coman» (II, 3515-20). «En su boca no hay razones, / aunque la razón le sobre. / Que son campanas de palo / las razones de los pobres» (1375-9).

Pero el *Martín Fierro* es un canto a la justicia y la libertad aún más allá del conflicto que describe. No sólo supera la coyuntura de su tiempo, transformándose en «metáfora nacional», en cuanto el desencuentro social sigue aún vigente. También trasciende su carácter parcial «de clase» y «de raza» porque, ahondando en el gaucho oprimido, supo descubrir en él el *corazón ético de la cultura nacional*, fruto del *mestizaje cultural* que nos dio origen como pueblo. Quien niega esos valores con sus hechos, él mismo se automargina de su pueblo: «Que no tiene patriotismo / quien no cuida al compatriota» (II, 3723-4). Entre ellos destaquemos el

<sup>6</sup> L. Marechal, *Martín Fierro o el arte de ser argentinos y americanos*, en E. Robaco Marechal, *Mi vida con Leopoldo Marechal* (Buenos Aires 1973) 113-126. Ese trabajo y el libro de C. Astrada, *El mito gaucho* (Buenos Aires 1964), son los mejores estudios filosóficos del poema.

sentido de *dignidad* humana y de *libertad*, heredados de la hidalguía cristiana española y del carácter indómito del indio de las pampas —tierra sin límites—: «Soy gaucho, y entiendanlo / como mi lengua lo esplica. / Para mí la tierra es chica / y pudiera ser mayor. / Ni la víbora me pica / ni quema mi frente el Sol» (79-84). «Con la guitarra en la mano / ... naides me pone el pie encima» (55, 57). «Mi gloria es vivir tan libre / como el pájaro del cielo / ... Y naides me ha de seguir / cuando yo remonto el vuelo» (91-92, 95-96). Ni aun la injusticia, la persecución y el sufrimiento le hacen renunciar a su digna altivez: «Pero por más que uno sufra / un rigor que lo atormente / no debe bajar la frente / nunca —por ningún motivo—. / El Alamo es más altivo / y gime costantemente» (II, 373-8).

Tal fuerza humana e histórica tienen esos valores, que pueden redimir a los «puebleros» y «doctores» que los reconocen —como Hernández— e integrar los valores antagónicos: «progreso», «Constitución», «instrucción» son valores que fueron usados para cubrir la opresión del gaucho. Pues bien, aunque el poema reafirma: «Aquí no valen doctores, / sólo vale la esperencia. / ... Porque esto tiene otra llave / y el gaucho tiene su cencia» (1457-8), sin embargo, exige «escuela... y derechos» (II, 4828) para el gaucho.

La historia posterior ha ido mostrando que tal integración es posible. Pues no sólo los hijos de los gauchos, sino también los de «gringos» (inmigrantes, sobre todo italianos), tan explotados por la oligarquía como aquéllos, y aun de muchos «puebleros» y «doctores», se han reconocido en el poema y en el *ethos* cultural nacional que él expresa en poesía.

## b) *El «Martín Fierro», un camino de experiencia*

La disposición básica del poema nos ayuda a comprender su movimiento interior, que corresponde al de la «esperencia» de Fierro. Tiene dos partes: fueron escritas en tiempos distintos, pero poseen una admirable unidad de sentido. Tanto es así que la segunda parte o «Vuelta» hizo que a la primera se la denomine frecuentemente «Ida». Esos nombres y el hecho de que se trata de la ida al *desierto* (al *exilio*, más allá de la *frontera*) y de la *vuelta* iniciada desde ahí, sugieren el simbolismo de la *des-apropiación*

y *re-apropiación* del propio ser (de hombre, de pueblo) que constituye el trasfondo del poema. Ese movimiento está reforzado por las narraciones de los hijos (cada uno tiene su propia «vuelta») y por una de las metáforas básicas del poema: la del rodar. Aunque se dice: «Y dejo rodar la bola» (2089), «como bola sin manija» (II, 2761), sin embargo, Fierro expresará al volver: «He visto rodar la bola / y no se quiere parar. / Al fin de tanto rodar / me he decidido a venir / a ver si puedo vivir / y me dejan trabajar» (II, 133-8). Desde el comienzo él le imprime rumbo a su destino: «Deshaceré la madeja / aunque me cueste la vida» (1109-1110), «yo abriré con mi cuchillo / el camino pa seguir» (1389-1390), resolución que, aunque transformada, subsiste hasta el final: «Pero firme en mi camino / hasta el fin he de seguir. / Todos tienen que cumplir / con la ley de su destino» (II, 4483-4486).

Recordemos ese «camino» y «esperencia». El gaucho vive feliz una vida de familia, de trabajo, que «más bien era junción» (función: fiesta, 324), y de periódicas reuniones comunitarias. De repente todo cambia: es «echado a la frontera», aparentemente para defenderla del indio, pero, de hecho, a trabajar en las chacras de «los que mandan». Fierro aguanta, luego deserta y, al encontrar que todo lo había perdido, «hijos, hacienda y mujer», se rebela ante la injusticia y se hace matrero<sup>7</sup>. Perseguido, decide irse con su amigo Cruz al desierto, pues «hasta los indios no alcanza / la facultá del Gobierno» (2188-9). Es un verdadero exilio, pues el indio nómada no forma parte del mestizaje cultural que el gaucho encarna, así como «los puebleros» y «el gobierno» son quienes intentan suprimirlo étnica, social y culturalmente.

La «Vuelta» se divide en dos partes (vida en el desierto; vuelta y reencuentro con los hijos), cuyo punto divisorio está dado por el episodio de la Cautiva, que provoca el giro del poema y la «vuelta» de Fierro. Es el momento del supremo abatimiento: Fierro, echado en tierra junto a la sepultura de Cruz: «Privado de tantos bienes / y perdido en tierra ajena» (II, 967-8). Pero es también el momento del «ponerse de pie» para defender y liberar

<sup>7</sup> Matrero: nombre del gaucho perseguido por algún delito o por rebelarse contra la autoridad prepotente.



a esa madre que acaba de ver asesinado a su hijito. Al convertirse al otro que sufre, Fierro descubre en la Cautiva su propio cautiverio, o más bien, el de todo aquello que él representa, y «vuelve». Pero se trata de un Fierro transformado por el sufrimiento, la privación y el desierto. Su altivez heroica y su sentido de justicia son los mismos, pero su actitud es otra. Se refleja en la lucha por la liberación de la Cautiva, en el ahorro de muertes inútiles —más allá del matrerismo— y en la sabiduría que trasuntan los Consejos. En éstos transmite —según Marechal— «la ética del ser nacional y su filosofía del vivir». Al final del poema, los cuatro personajes, como la semilla, se dirigen «a los cuatro vientos». Pareciera simbolizarse la continuación de la «vuelta», ahora como «canto con intención» que se siembra en el corazón del pueblo. Por ello «no se ha de llover el rancho / en donde este libro esté» (II, 4857-8). Así se practica y señala una «metodología de acción»: «Pero se ha de recordar / para hacer bien el trabajo, / que el fuego, pa calentar, / debe ir siempre por abajo» (II, 4837-40), y una meta: «Debe el gaucho tener casa, / escuela, iglesia y derechos» (II, 4827-8).

### III. HACIA UNA LECTURA DEL «MARTIN FIERRO»

Ricoeur recuerda la palabra de Aristóteles: la poesía «es más filosófica... que la historia»<sup>8</sup>. Ella describe lo esencial de una situación humana estilizando sus rasgos más universales, a la par que explicita posibilidades que comienzan a aflorar y las proyecta hacia su actualización. De nuestra parte podemos decir que el *Martín Fierro*, como poesía popular, describe mejor que la historiografía la realidad del pueblo argentino porque penetra en su esencia y en los gérmenes de su futuro.

Por ello, una teología elaborada desde la experiencia nacional del pueblo argentino, que quiera juzgarla, interpretarla y transformarla a la luz del evangelio, debe tener en cuenta la «esperencia» que narra y sapiencializa el *Martín Fierro*. Este, como símbolo y sistema de símbolos, posee una simbolicidad primera que la

<sup>8</sup> Cf. *op. cit.*, 56.

hermenéutica ha explicitado. Una visión de fe, que cree en la sacramentalidad del universo, puede encontrar en y a través de ese primer «sentido de sentido» una simbolicidad segunda, un sentido nuevo. Sobre todo porque la obra describe en poesía un nivel radical de la vida del hombre y del pueblo: su lucha por el bien y contra el mal.

Ese simbolismo teológico no se rastrea «desde abajo»; sólo mediante la interpretación de su estructura literaria, ni de su ubicación en la historia argentina, ni siquiera mediante una hermenéutica filosófica que llegue a través de la obra hasta la esencia de nuestro pueblo. Tal sentido nuevo se descubre «desde arriba». Sólo lo percibe quien cree que el hombre es imagen de Dios y que la imagen de Dios es Cristo. No se sobreañade al poema: la fe descubre en éste algo que no se debe al autor o a la cultura desde la que surge, sino a la asunción del hombre, su historia y sus símbolos por el dinamismo de la encarnación y de la pascua. A través de esos símbolos la fe vislumbra la acción de Dios que salva la historia y por la historia. No se trata de construir una alegoría cristiana usando los elementos del poema, sino de discernir las posibilidades de salvación que, como vocación y tarea, el Señor crea en el corazón del pueblo argentino, valiéndonos de la mediación de su poema popular nacional.

Para la fe, la ruptura en la condición del gaucho —representada por Fierro—, su explotación legalizada, así como la des-apropiación material y espiritual del pueblo argentino que ellas simbolizan, son *pecado*: pecado social y cultural institucionalizado. El *Martín Fierro* denuncia una injusta organización de la convivencia argentina que no sólo atenta contra el hombre, sino que por ello atenta contra Dios. Y muestra poéticamente que en nuestra historia nacional el pecado se manifiesta ante todo como injusta estructuración del poder.

Pero en el dolor de nuestro pueblo oprimido, y en su camino de «esperencia», tipificado por Fierro, la fe descubre también los rasgos del misterio pascual de Cristo liberador, que vive en nuestra historia. Ella descubre, en y a través de Fierro y sus escorias humanas, los rasgos crísticos que hacen del pueblo criollo que sufre injusticia, a pesar de sus escorias, la *imagen de Dios* y lugar donde se preanuncia la salvación, así como él es —en su sufrimiento— el

lugar donde se revela el pecado de nuestra sociedad. Para la teología no resulta extraño que la sabiduría de la vida y el conocimiento práctico del camino de salvación se den primordialmente en el corazón digno de los pobres, humildes y despojados de poder, y se exprese en su lenguaje proverbial. Hacia allí debe mirar la Iglesia.

En el *Martín Fierro* no sólo descubrimos una experiencia radicalmente humana (y por gracia, anónimamente cristiana), sino el trasfondo histórico de evangelización que palpita en la cultura latinoamericana. El sentido de la vida que sirve de horizonte al poema es profundamente cristiano. Prueba de ello son no sólo el itinerario pascual de Fierro, su sentido de Dios, del hombre y la familia, sino también los Consejos, que sintetizan sapiencialmente su experiencia. Le sirven de contraste los consejos de Vizcacha: éstos reflejan la condición del oprimido que se acomoda a su situación y trata de sacarle el jugo en provecho propio. Fierro, en cambio, muestra en sus consejos su paternidad desinteresada, la valoración de la fraternidad y la unión como «ley primera» (II, 4692), filial confianza en el «Eterno Padre», hondo sentido de la amistad, la justicia, la prudencia, una comprensión ética de la verdad y la ciencia, el reconocimiento de los propios límites y culpas, el desprecio por la cobardía y la codicia, la defensa de los pobres y la ternura hacia los ancianos, la obediencia a la autoridad legítima, la reafirmación del valor del trabajo, el respeto a la mujer, la estima por la poesía, el sentido de la propia dignidad y confianza en sí mismo y, por ello, de la humildad y la vergüenza. Una lectura teológica de esos Consejos no puede dejar de reconocer los valores evangélicos que allí se presentan como quintaesencia de la sabiduría popular criolla y de su *ethos* cultural<sup>9</sup>.

La esperanza cristiana ve en el sufrimiento de los pobres (simbolizados por Fierro) «lo que falta a los sufrimientos de Cristo», en la sabiduría de la vida y en la fecundidad pedagógica que así han ido manifestando y adquiriendo, una prenda de fecundidad futura, y en el dispersarse de los cuatro gauchos «a los cuatro vientos», el

<sup>9</sup> Cf. mi trabajo *¿Vigencia de la sabiduría cristiana en el «ethos» cultural de nuestro pueblo: una alternativa teológica?»: «Stromata» 32 (1976) nn. 1-2.*

anuncio de que el fermento pascual está ya obrando, como el fuego, «por abajo», en las entrañas del pueblo que quiere ser protagonista de su historia. De ahí que el *Martín Fierro* pueda servir de mediación a una teología y una pastoral de la esperanza que sitúe a ésta en el proceso de liberación nacional. El poema muestra poéticamente en acto —más allá de la estadística o de la historiografía de victorias y derrotas— las reservas ético-culturales y evangélicas del pueblo criollo en orden a su liberación en cuerpo y alma. Simboliza en el camino de «vuelta» que ya ha iniciado, pero que todavía no ha concluido, la victoria tanto histórica como escatológica de un pueblo que, junto al *Martín Fierro*, transmite esos valores, más allá de cualquier opresión o extrañamiento que pueda sufrir.

Ante el pecado del poder el poema nos ayuda a discernir entre la actitud de Vizcacha y la de Fierro, y aun en ésta, a desechar caminos sin salida (como la rebeldía inútil), eligiendo una «metodología de acción» paciente y eficaz: «desde abajo» y a través de «los de abajo». E insinúa el valor liberador de la pedagogía sapiencial que surge del alma popular, la realimenta y la hace crecer. Por ello puede servir también de mediación para una teología de la caridad como praxis. La poesía no puede sustituir otras mediaciones —como es la política— para analizar y transformar la realidad. Sin embargo, enriquece la visión de la realidad y la acción sobre ella con lo integralmente humano que le es propio y que el análisis científico y la eficacia técnica y política tienen el peligro de olvidar. Precisamente por su globalidad humana, sapiencialidad y gratuidad se presta para ser asumida por la teología y por la praxis cristianas. Estas, a su vez, le impiden quedarse en lo meramente imaginario o estético y la impulsan a adquirir corporalidad de símbolo eficaz.

El *Martín Fierro* no pretende delinear una estrategia política, aunque la intención ético-política del poema es manifiesta. Sin embargo, en forma simbólica indica un objetivo que toda reflexión teológico-política de liberación debe contemplar: unir la lucha por la justicia y la opción por el pobre que sufre injusticia con la práctica cristiana de la fraternidad universal. El poema no ahorra «palos». Sin embargo, lo hace con la generosidad y nobleza gauchas de quien busca el bien de todos. A «aquellos que en esta historia / sospechen que les doy palo» les expresa que, si de ese modo canta,

«no es para mal de ninguno, / sino para bien de todos» (II, 4885-4886, 4893-4). No sin un profundo sentido ético, éstos son los últimos versos del poema.

En el ejemplo del *Martín Fierro* hemos intentado sugerir la relevación de un poema popular para una teología que quiera asumir la sabiduría de los pueblos en su respectivo ámbito sociocultural. En particular, dada la situación histórica en que nació el poema, hemos insinuado su vigencia para una teología de liberación nacional y social. Como la lucha del bien y del mal recorre la historia de todos los pueblos, su mensaje poético y su lectura teológica tienen valor universal. E ilustran cómo los grandes poemas populares pueden fecundar a la teología.

J. C. SCANNONE